

ese amor propio que domina al hombre, tan perspicaz para buscar prestestos como ingenioso en inventarlos, tan sutil en justificar todo lo que es de su gusto y en defenderse de todo lo que le repugna; y porque él había de dejar á su Eterno Padre vengado de las transgresiones de su divina ley, á donde nos arrastran nuestras pasiones, lo indómito de nuestros apetitos, la perversidad de nuestro corazón y ese invencible atractivo de los goces sensuales, que son oprobio de la religión y de la razón misma, se manifiesta con tantos delitos, se contamina con tantas obscenidades, y se hace en suma público con tanto número de escándalos.

Ved aquí, hermanos míos, los motivos de la humillación del Salvador en la Circuncisión. Ya os lo he dicho con San Bernardo, que en este misterio no solamente tenemos que amar y que admirar, sino también que imitar. Vosotros, grandes de la tierra ó que aspiráis á serlo, ved como Jesucristo confunde la pompa de vuestra vanidad, para enseñaros con la renuncia que hizo de sus más indisputables derechos; cómo os avergüenza de vuestra fantástica independencia, que no reconoce otro fundamento que el orgullo que la engendra. Sed, pues, obedientes á la ley de Dios; no olvidéis los ejemplos admirables que nos dá en este día este Dios Niño. Observad su sabiduría infinita ocupada en discurrir los medios, en remover los obstáculos, en allanar los caminos de vuestra salvación. Ved cómo dá principio en este día á la obra de vuestra salvación con la efusión de su sangre; cómo se obliga á ofrecerse en holocausto por vosotros; cómo en suma, se reduce á un estado de abatimiento tan profundo,

que nada se registra que nos descubra su divinidad. Empero si hemos visto la humildad y abatimiento de este Dios Niño, veamos ahora la grandeza del nombre que se le impone.

## SEGUNDA PARTE.

Isaias lo había profetizado. Al nombre de Jesús había de encorvarse toda rodilla reconociendo su poder y soberanía (1). Dios, dice el Apóstol, exaltó á su Unigénito, dándole un nombre sobre todo nombre (2), nombre divino á la verdad, que no puede ser pronunciado sin el mayor respeto por un movimiento particular del Espíritu Santo. Nombre venerable que humilla toda grandeza. Nombre adorable que rodilla por tierra respetan los ángeles y bienaventurados del cielo, los hombres y toda criatura de la tierra, y los demonios y condenados en el infierno (3). Nombre lleno de fuerza, en cuya virtud han sido hechos los más grandes milagros. Nombre saludable de que sacan toda su eficacia los sacramentos de la nueva ley. Nombre poderosísimo para con Dios, y cuyo mérito infinito empeña al Padre celestial á oír las oraciones de los hombres. Nombre glorioso llevado por el celo ardiente de los apóstoles á los gentiles y á los reyes de la tierra. Nombre por cuya confesión se han entregado los santos á los mayores suplicios, y en el que han encontrado su gozo y su consuelo á través de las llamas y los demás tormentos. JESUS, nombre incomparable y

(1) Quia mihi curvabitur omne genu. Isaias c. XLV, v. 24.

(2) Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen. D. Paul ad Philip. c. II, v. 9.

(3) Ut in nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium et infernorum. Ibid. v. 10.

único por quien podemos ser salvos. Tal es, amadísimos feligreses, el nombre que hoy recibe el Hijo de María; este nombre es para nosotros una verdadera fuente de gracia y un verdadero principio de salud; en virtud de este nombre soberano curaba mi gran padre el Príncipe de los apóstoles toda suerte de enfermedades (1), confesando en presencia de los pontífices y sacerdotes que no hay salvación en ningún otro nombre, porque no hay otro debajo del cielo en que podamos salvarnos (2).

Así es, católicos: este sagrado nombre de Jesús comunica el verdadero mérito á nuestras acciones; nuestra dignidad y nuestro mérito para con Dios proviene de la gracia, y esta se nos dá por el nombre de Jesús; en él y por él los mismos ángeles le alaban y le adoran: nosotros nos juntamos con ellos para formar en su compañía un coro de alabanzas, bendiciendo á Dios por Jesucristo; y notad que la Iglesia en todas sus oraciones dirigidas al Omnipotente, ya sea para tributarle gracias, ya para pedir auxilios, no obstante que se interpongan los méritos de algún santo, siempre concluye interponiendo el nombre de Jesús, *per Dominum nostrum Jesum Christum*.

Y á la verdad, ¿qué podría alcanzar el hombre del Eterno Padre, si no dirigiera sus peticiones en nombre de Jesús? Nosotros que no obstante estar redimidos con la divina sangre que se vertiera en el Gólgota, ofendemos cada día á nuestro Dios, no te-

(1) Notum sit omnibus vobis, et omni plebi Israel, quia in nomine Domini nostri Jesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit a mortuis, in hoc iste astat coram vobis sanus. Act. Apost. c. IV, v. 10.

(2) Et non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub cælo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri. Ibidem v. 12.

niendo por base de nuestras obras la caridad cristiana; nosotros que con las transgresiones continuas de la divina ley crucificamos de nuevo al Redentor, y le esponemos al escarnio en espresion del Apóstol (1), y que por consecuencia faltamos á cada paso á la solemne promesa que hicimos en la recepción del santo bautismo, ¿qué méritos presentaremos ante la Magestad de nuestro Dios, Criador y Conservador? ¿Cómo deberíamos esperar el ser escuchados y atendidos en nuestras súplicas, si no pusiéramos por intercesor el nombre siempre dulcísimo de Jesús? ¡Ah! que pedir á nuestro buen Dios por el nombre de Jesús es lo mismo que decirle: Bien sé ¡oh Eterno Padre! Bien sé que en mí, criatura indignísima, no hay mérito alguno que presentaros; bien conozco que con mas placer deberiais dirigir vuestra mirada amorosa sobre la terrible fiera que espanta los bosques con sus bramidos, que sobre el hombre pecador; pero yo os presento los méritos de mi Redentor, que es vuestro Santísimo Hijo: acordaos, Señor, de los azotes, de las injurias, de la muerte de cruz que sufrió por nosotros: estos son los méritos que os presento, y os ruego que no desechéis mis súplicas, cuando interpongo el nombre de Jesús. Por esto, señores, tenemos seguridad que nuestras alabanzas, nuestras acciones de gracia y nuestras oraciones son tales, que Dios no puede recibir otras mas nobles ni mas dignas de su Magestad. Oid como se espresa San Agustín. Separad mis obras del nombre de Jesús, y no tendrán valor ni mérito alguno en la presencia de Dios: el nombre de Jesús

(1) Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei et ostentui habentes. Ad Heb. c. VI, v. 6.

es quien me distigue y quien me anima; él es mi vida, mi gloria y lo es todo para mí.

Admitid, pues, desde ahora ¡oh Jesus mio! admitid desde ahora este excelente nombre, á quien todo lo criado dobla la rodilla. Vos, Señor, sois digno de él; y nosotros, cristianos, entonemos cánticos de paz, de alegría y de triunfo en la tierra. Si Jesus es el Salvador, nosotros somos los redimidos, y en este caso ¿qué tendremos que temer? Al oír el nombre de Jesus tiemblan todos nuestros enemigos: el tiempo que nos queda que pelear es muy corto, y en nuestra mano esta el poder vencer. El nombre de Jesus os llenará de una suavidad interior de gracia, que allanará todas las dificultades; suavidad que comunicó en todos tiempos á tanta multitud de mártires de todos sexos y condiciones que vertieron su sangre por la fé. ¿Os parece, dice el padre San Agustin hablando sobre esto, que tantas personas delicadas habian de haber podido sufrir tan crueles tormentos si no hubieran experimentado dentro de su corazon un consuelo muy superior á los suplicios? ¿No comunicaba el Señor este consuelo de la gracia á los santos solitarios que preferian la aspereza de la soledad y del ayuno á todos los placeres de los sentidos? ¿Os parece que se engañaria el profeta Habacub, cuando cantaba que en medio de las misericordias de su tiempo se regocijaba y saltaba de júbilo en su Dios y en su Salvador (1)? ¿Nos engañarian los apóstoles, cuando salian de las asambleas de los judíos alegres y contentos por haber sido cargados de injurias y oprobios por el nombre de Jesus? Los santos de los siguientes siglos abusarian de nuestra creduli-

(1) Ego autem in Domino gaudebo: et exultabo in Deo Jesu meo Hab. c. III, v. 18.

dad, cuando buscaban en el nombre de Jesus el alivio de sus penas? Si estais tristes, dice San Bernardo, venga el nombre de Jesus á vuestros corazones, é inmediatamente se sentirán tranquilos. Es verdad, dice San Agustin, que el mundo está lleno de amarguras; pero vuestro nombre ¡oh Dios mio! está lleno de suavidad. Si se colocan en un peso á un lado todas las miserias del mundo y á otro el nombre de Jesus, este nombre hará contrapeso á todas las miserias del mundo; este nombre es suficiente á suavizarlas todas.

Ved aqui, señores, la grandeza y escelencia del nombre con que Dios ensalza hoy á su Unigénito. Este es un nombre mas plausible y glorioso que cuantos títulos inventó la adulacion humana para lisonjear la vanidad y nutrir el orgullo de los grandes del mundo. Nombre de esplendor, de grandeza, de magestad en sí mismo, en el mérito que supone, en las virtudes que anuncia, en los prodigios que obra y en la autoridad que comunica: nombre que ensalza sobre todo lo criado á quien le tiene, porque solo un Dios puede ser Salvador, solo un Dios puede merecer el nombre de Salvador, y solo á un Dios puede cuadrar con toda propiedad la significacion de este nombre de Salvador; nombre en fin, que comunicó una incomparable fuerza y un suave consuelo á los apóstoles, á los mártires, á todos los hijos de la Iglesia.

Si vosotros, amados míos, no experimentais esto mismo, consiste en que no teneis respeto, agradecimiento ni amor al nombre de Jesus. Si este nombre os es indiferente, ¿cómo habeis de experimentar los consuelos que en sí contiene? Este sagrado nombre se halla á cada paso en nuestra boca, y es ya una voz comun que pronunciamos casi sin pensar. ¿No es este

un testimonio evidente contra nosotros? Pues recordad, cristianos, que este sagrado nombre que profanamos á cada paso, nos será de mucha necesidad en la hora de nuestra muerte. Le oiremos resonar en nuestros oídos ya casi imposibilitados para oírle, y nuestros trémulos lábios querrán despegarse para ofrecer á Dios con este nombre el último respeto de nuestra fé, de nuestro amor y de nuestra confianza en la sangre del Salvador. Santifiquemos, pues, nuestros lábios, no pronunciando nunca este divino nombre sino con la misma reverencia, con el mismo agradecimiento y con la misma confianza que desearemos pronunciarle en el artículo de la muerte. Desde este día en que empezamos un año, que no sabemos si será el postrero de nuestra existencia, sea todo nuevo en nosotros; sean nuevos nuestros corazones para amar este divino nombre, nuevas nuestras voces para pronunciarle y bendecirle.

Y vos, Jesus amadísimo, inocentísimo Jacob cargado con los despojos de nuestra mortalidad, tened compasión de nuestras flaquezas. Las manos que levantamos al cielo están manchadas con la culpa de nuestra rebelión; empero el Padre Celestial y Eterno no puede negar nada á su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias. Alcanzadnos, pues, la divina gracia, á fin de que cumplamos exactamente los propósitos que hacemos en este día: derramad sobre nosotros á manos llenas vuestras bendiciones, para que viviendo como verdaderos cristianos, y siendo el nombre dulcísimo de Jesus la última voz que pronuncien nuestros lábios, alcancemos la inestimable felicidad de alabaros eternamente en la gloria. *Amen.*

## SERMON 1.º

PARA EL DÍA

### DE LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

*Procidentes adoraverunt eum.*

Postrándose los Magos ante el Infante Jesus, le adoraron.

Mat. c. II, v. 11.

Floreció, señores, la vara de Jesé, y los tiempos han traído á los mortales la justicia eterna, que quitará la tiranía del pecado. Jacob lo había profetizado, estando ya para morir: no saldrá el cetro de Judá, dijo, ni de su familia el poder hasta que llegue aquel que ha de venir, aquel por quien han de suspirar todas las naciones. ¿Quién podía ser el objeto de la espectación universal? ¿Quién podía ser aquel por quien el mundo suspirara, y del que esperara su salvación? ¿Quién podía ser el objeto de los deseos de los justos y patriarcas del Testamento antiguo, simbolizado y anunciado por tantos profetas? No otro que el Mesías, no otro que Jesucristo Verbo Eterno, que para sacarnos de la esclavitud del demonio habíase propuesto realizar por sí mismo la grande obra de unir